

UN ACUERDO ENTRE ELITES: LA COOPERACIÓN ENTRE ESCRITORES MEXICANOS Y ESPAÑOLES DURANTE EL *BOOM*

Pablo Sánchez (Universidad de Sevilla)¹

En 1969, durante su estancia en Cuba como jurado del premio Casa de las Américas de poesía, el poeta mexicano Efraín Huerta sufrió un pequeño accidente y narró autobiográficamente la experiencia en el poema titulado “Nueva Gerona”: “Cuando me llevaron al Policlínico era menos que humo / un hilo de lamentaciones y bravas lágrimas” (316). Lo curioso de la anécdota es que ese mismo accidente parece ser también la materia de un poema de otro de los miembros de aquel mismo jurado, el barcelonés José Agustín Goytisolo, que cuenta la experiencia desde su perspectiva en “La noche de Efraín Huerta”, poema de *Bajo tolerancia*:

y era él un no advertido personaje
destinado a reír a cantar a gritar rabiosamente
a morder un pañuelo para evitar las lágrimas
calado hasta los huesos allá en el hospital
ebrio de tanto ron y pesadumbre (58).

A Barcelona precisamente llegaron poco después y por caminos separados otros dos escritores mexicanos, Sergio Pitol y el joven periodista Federico Campbell: el primero ha contado en su “Diario de Escudellers” las dificultades que pasó en la Barcelona de principios de los setenta antes de entrar en contacto, gracias a Max Aub, con la vanguardia literaria barcelonesa, la llamada *gauche divine*, mientras que Campbell publicó en 1971 en Barcelona su primer libro, *Infame turba*, una interesante recopilación de entrevistas justamente a esa *gauche divine*.

¹ Esta investigación ha sido posible gracias a la financiación del Programa Ramón y Cajal del Ministerio de Ciencia e Innovación de España.

Las experiencias de Pitol y Campbell en Barcelona y la amistad entre Huerta y Goytisolo son sólo algunos ejemplos curiosos de un anecdotario todavía por explorar y relatar, el que componen las experiencias comunes de escritores mexicanos y españoles desde la segunda mitad de la década de los sesenta. Se trata de hechos que han sido incorporados desde entonces, sobre todo, a diversas formas textuales autobiográficas y memorialísticas, pero su valor va más allá de la información curiosa sobre afinidades personales de la época.

En realidad, las formas de cooperación más o menos circunstanciales que se crearon en esos años entre las literaturas de España y México forman un capítulo poco conocido pero de cierta relevancia en el mal llamado *boom* de la narrativa latinoamericana, ya que afectaron a las complejas relaciones de fuerzas del periodo y contribuyeron, por tanto, a la evolución de ese proceso socioliterario. Mucho se ha hablado de la proyección internacional de la revolución cubana y de los cambios en el mercado literario de lengua española, pero poco se han estudiado datos aparentemente secundarios como las diversas redes y complicidades creadas en esos años entre sistemas literarios antes poco comunicados. No cabe duda de que la llamada *mafia* mexicana (Cabrera López 95) y la elite de la editorial española Seix Barral fueron dos de los protagonistas colectivos del periodo y lo cierto es que, sin llegar a formar lo que podríamos llamar una alianza estratégica, la afinidad circunstancial entre los dos equipos en esa coyuntura específica ayudó, por ejemplo, a generar la fractura que supuso el famoso “caso Padilla”.

Hay que recordar que se trataba de dos de los equipos letrados más importantes de la lengua española, liderados por figuras muy activas en la promoción cultural, como Fernando Benítez y Carlos Barral; dos equipos, además, involucrados en las diversas rivalidades literarias dentro de sus respectivos países y preocupados por las

posibilidades de transformación política desde la esfera cultural. Ciertamente, las situaciones sociopolíticas de España y México en los sesenta no pueden homologarse, pero hubo comunicación entre las elites culturales, y en el caso español esa comunicación fue superior a cualquier otra conexión americana, salvo el caso de la vanguardia cubana y procubana, con la que inicialmente también simpatizaron. Pero México fue, para el círculo Barral, bastante más importante que Argentina o Perú, por citar dos ejemplos, y esa circunstancia tuvo su importancia en el equilibrio de fuerzas en una época de tanta intercomunicación.

Naturalmente, las relaciones culturales hispanomexicanas de los sesenta tienen un antecedente fundamental que ayuda a explicar el interés mutuo y al que aquí sólo puedo referirme de forma breve: el exilio español tras la Guerra Civil. Sin embargo, a pesar de ese puente que podían representar (con las lógicas dificultades políticas) los exiliados, puede decirse que a principios de los sesenta la comunicación, entre España y México era, en líneas generales, más bien escasa, fuera de algunos contactos muy aislados. Algunos datos nos pueden ayudar a entender el estado de esas relaciones: es cierto que a principios de los sesenta ya circulaba en España la Colección Popular del Fondo de Cultura Económica, pero la cultura mexicana apenas tuvo repercusión hasta la inauguración de la primera librería española del Fondo de Cultura Económica en Madrid en 1963, que fue saludada en algunos medios como una gran noticia cultural por lo que significaba, entre otras cosas, de reencuentro con la cultura del exilio (Ferrer Solà y Sanclemente 85). Esta falta de contacto con la actualidad literaria mexicana (y, en general, latinoamericana) explica que el primer novelista mexicano ampliamente reseñado en la prensa de la España del franquismo fuera Vicente Leñero, premio Biblioteca Breve 1963 por *Los albañiles*. Por decirlo de manera resumida: en esa España se conoció antes a Leñero que a Fuentes, a éste antes que a Rulfo, y a Rulfo

antes que a los novelistas de la Revolución mexicana. En el caso específico de Rulfo, la primera edición con pie de imprenta español data de 1969, en una colección de la editorial Planeta dirigida por Baltasar Porcel².

No obstante, a pesar de ese panorama decepcionante, desde finales de los cincuenta ya estaba en marcha el proyecto modernizador de la editorial Seix Barral, y una de sus principales motivaciones fue la apertura a las novedades culturales y estéticas internacionales. Esa estrategia incluyó, ya en los sesenta, al mundo hispanoamericano, una cultura a la que se llegaba con más facilidad a través de los exiliados y que era especialmente atractiva por la novedad de la experiencia revolucionaria cubana. En ese contexto, figuras como Ramón Xirau, Joaquín Díez-Canedo o Max Aub propiciaron lentamente el fructífero contacto entre la vanguardia mexicana, en la que destacaba Octavio Paz, y una vanguardia literaria española ansiosa de superar el aislamiento cultural y de restablecer lazos históricos sin caer en la trampa de la reaccionaria idea franquista de Hispanidad.

En el caso de Paz, eran bastantes los aspectos que lo habían vinculado ya con España, como por ejemplo su presencia en el famoso Congreso de Intelectuales Antifascistas de 1937 o su participación en el proyecto de la antología *Laurel*. Pero la conexión hispanomexicana se confirmó en 1961 con la presencia de Octavio Paz como único representante latinoamericano en el jurado del primer premio internacional de los editores Formentor. Paz fue invitado por Carlos Barral, a quien había conocido años antes en México gracias también a Max Aub (Paz 1208). El premio Internacional de los Editores, a pesar de que duró pocos años, era una iniciativa con la que Seix Barral se aliaba con editores prestigiosos de la Europa democrática como Gallimard o Einaudi. Aquel jurado, como es sabido, concedió el premio exaequo a Samuel Beckett y Jorge

² “A Juan Rulfo lo descubrimos en italiano”, afirmaba Carlos Barral en una entrevista de 1965 (*Almanaque* 20).

Luis Borges (Ferrer Solà y Sanclemente 90). Después llegaría otro premio muy conocido, el Biblioteca Breve a Vargas Llosa por *La ciudad y los perros*, que oficialmente inaugura el *boom* latinoamericano en España, pero lo cierto es que ya antes la presencia de Paz indicaba que se había iniciado una primera cooperación que enlazaba las inquietudes de la joven literatura española de la resistencia cultural antifranquista con otras afines dentro del espacio común de la lengua.

Pronto esa presencia se convirtió, además, en influencia poética, porque hay que recordar que el descubrimiento de la cultura latinoamericana por parte de los escritores españoles no se limitó a la narrativa de García Márquez y a Vargas Llosa, sino que José Agustín Goytisolo y José Ángel Valente descubrieron la poesía de José Lezama Lima en la misma década en la que Carlos Barral y Pere Gimferrer descubrían la de Octavio Paz. El poema barraliano “Tlaloc en Chapultepec”, publicado en *Usuras* (1965), y algunas huellas en *Arde el mar* y, en general, en la teoría poética de Gimferrer quedarían como ejemplos más evidentes de un magisterio admitido sin reparos. En esos años sesenta, Barral declaraba sobre Paz: “lo conozco desde hace muchos años, lo aprecio muchísimo y claramente ha influido en mí...No ha sido leído por problemas de comunicación puramente libreros. No por otra razón” (*Almanaque* 50-51). Por su parte, el veinteañero Gimferrer empezó en 1966 su larga comunicación epistolar (que luego también sería relación editorial) con el autor de *Piedra de sol*, correspondencia de la que conocemos el volumen *Memorias y palabras*.

En la otra dirección, Paz también ha reconocido la importancia de esas relaciones literarias:

La amistad con Carlos Barral, Gil de Biedma, [Jaime] Salinas y, más tarde, con Gimferrer, me abrió las puertas de la nueva literatura española. El franquismo nos había separado de la vida cultural española, y la amistad con estos jóvenes me abrió a mí, viejo amigo de España, el conocimiento de las nuevas tendencias de la literatura española y catalana (1208).

Pero el encuentro cultural transatlántico no se limitó a la amistad con Octavio Paz ni a la estrategia de premios como el Biblioteca Breve. En los años siguientes al premio Formentor, buena parte de la intelectualidad española de izquierdas, que había recibido con entusiasmo el triunfo de la revolución cubana, se incorporó al movimiento cultural y político latinoamericano que tenía su centro indiscutible en La Habana, y lo hizo viajando a Cuba y colaborando con Casa de las Américas, especialmente (Sánchez López 205-210).

En el caso de México, los sesenta también son los años del descubrimiento personal de la realidad mexicana por parte de los escritores españoles: Carlos Barral viaja a México en 1962, invitado por la UNAM³, y en 1967 lo hará Josep Maria Castellet, el crítico más importante del grupo. Ambos han explicado la importancia de esos viajes en sus memorias. Barral señala en *Cuando las horas veloces* que ese viaje fue su verdadero “descubrimiento” de América (148), y que el paradigma mexicano fue fundamental para vincularse a la troncalidad de la lengua española y desarrollar así su misión editorial panhispánica (aunque algo eurocéntrica) en los sesenta. México le pareció excepcional incluso por su curiosa sociedad literaria, “de tan enconadas pasiones y tan dada al navajeo profesional y político”, como averiguó ya en ese primer viaje: “descubrí de golpe, en unos cuantos cócteles, domésticos o de librería que organizó para mí Joaquín Díez Canedo, el denso y espinoso mundo de las letras mexicanas, un mundo con afinidades y odios de muy vieja corteza, como muy de principios de siglo” (149). Barral elude los nombres propios de esa confrontación, pero sí enumera a los escritores españoles exiliados como Aub o Xirau que le sirvieron para

³ En *Cuando las horas veloces*, Barral afirma que ése fue su primer viaje a México (140). Sin embargo, como hemos visto, Paz declara que conoció a Barral en 1950 ó 1951 en México y parece más fiable su testimonio, entre otras cosas porque explica la presencia del mexicano en el premio Formentor.

revincularse, en ese primer viaje, con la tradición cultural de la Segunda República: “fue allí, en esos días, donde se remedó la malla del tejido que me restituía a una tradición de una cultura viva de la que me había separado la postguerra, la postguerra de la guerra civil” (148).

En cuanto a Castellet, su abuelo residía en México desde antes de la Guerra Civil y le enviaba ya en los cincuenta libros de Fuentes, Rulfo y Castellanos, pero el crítico catalán admite que en aquellos tiempos esos nombres no le decían nada (*Los escenarios* 130). Fue la lectura de *El laberinto de la soledad* la que despertó su interés por México y por la obra literaria y el pensamiento, también político, de Octavio Paz, al que siempre consideró un “espíritu libre” y con el cual mantuvo una larga amistad, hasta el punto de dedicarle un largo capítulo en *Los escenarios de la memoria* (127-164). Aunque probablemente de ese primer viaje a México también saldría el compromiso de publicar en *La Cultura en México* el famoso artículo “Tiempo de destrucción para la novela española”, tan significativo del cambio de rumbo de la literatura española de esa década⁴.

Castellet y Barral coinciden en destacar como referencias centrales a Octavio Paz y Max Aub, pero habría que incluir un tercer nombre, el de Joaquín Díez-Canedo, puesto que un paso fundamental en la comunicación hispanomexicana fue el acuerdo con una editorial mexicana nacida en esa misma década: Joaquín Mortiz. El mismo Max Aub, por ejemplo, publicó algunos volúmenes de *El laberinto mágico* en esa editorial, pero es que Joaquín Mortiz funcionó como un valioso puente con México que Barral aprovechó como salida frente a la censura franquista y que sirvió para repartir beneficios económicos y simbólicos a ambos lados del océano. Seix Barral llegó a poseer el 23% de las acciones de la editorial fundada de Díez-Canedo (Anderson 16) y

⁴ Incluido posteriormente en el volumen *Literatura, ideología y política*.

buena parte de las operaciones de la editorial mexicana revela la entrada de intereses españoles y el sentido transnacional del trabajo cultural: sería el caso de la colección de poesía Las Dos Orillas o de la aparición en 1968 de la colección Nueva Narrativa Hispánica, homónima y homóloga de la de Seix Barral. Incluso la publicidad de la editorial mexicana destacaba claramente la afinidad entre ambas editoriales (Ferrer Solà y Sanclemente 86-87).

Guillermo Cabrera Infante recuerda cómo Carlos Barral le ofreció publicar la que finalmente sería *Tres tristes tigres* en México para evitar la censura española, pero el escritor cubano no quiso esa opción, ya que para él Joaquín Mortiz era “a donde iban a parar los cadáveres esquizoides de Seix Barral para ser enterrados al otro lado de la frontera” (XII). Quien sí aceptó esa alternativa fue Juan Goytisolo, que publicó en Joaquín Mortiz *Señas de identidad* (1966) y *Reivindicación del conde don Julián* (1970), dos obras fundamentales en el proceso de renovación de la narrativa española después del predominio del realismo social de los cincuenta.

Otro caso demostrativo de la función especial de Joaquín Mortiz sería el de *Cambio de piel*, premiada con el Biblioteca Breve de 1967, prohibida también por la censura española y publicada en México. La prohibición, naturalmente, causó escándalo en ese país, y, por ejemplo, fue criticada y denunciada por *La Cultura en México*, que de ese modo se solidarizaba abiertamente con la lucha cultural antifranquista, en un artículo que también se reprodujo en una de las revistas culturales latinoamericanas más difundidas, *Mundo Nuevo* (Prats 210-213).

Desde nuestra perspectiva, el premio a Carlos Fuentes no es importante sólo por lo que significó de solidaridad antidictatorial entre elites intelectuales, sino que tuvo un papel significativo en la creciente industrialización de la cultura en España y en el desarrollo de la fase más abiertamente mercantil del *boom*, en la cual la revolución

cubana y la profesionalización de los escritores se convirtieron en los polos opuestos del debate literario hispánico. Por primera vez, el premio más prestigioso de Seix Barral se concedía a un autor latinoamericano ya reconocido, aunque en España tuviera escasa difusión. En cierto modo, en esa nueva conexión hispanomexicana tenemos la inauguración oficiosa de las prácticas empresariales y endogámicas que durante los años siguientes centraron la mayor parte de las diatribas y los agravios en el campo literario latinoamericano y español. En una entrevista del poeta José Miguel Ullán para la revista española *Ínsula*, Fuentes tuvo que recurrir a la ironía para justificar que “robara” el premio a novelistas más jóvenes o menos consagrados: “a mí me hace más falta el botín que a un escritor joven, Tengo más gastos y peores hábitos. Por otra parte, de los treinta finalistas sólo siete eran más jóvenes que yo” (409).

Estamos en el mismo año en el que *Cien años de soledad* logra un éxito extraordinario de ventas en América Latina, aunque todavía no se ha distribuido en España, y en el que García Márquez conoce personalmente a Mario Vargas Llosa en Caracas. Es, por tanto, el pórtico de un periodo abundante en polémicas y recelos en el que, entre otros, los equipos de Seix Barral, *La Cultura en México*, *Mundo Nuevo* y *Casa de las Américas* tuvieron un importante peso institucional y polémico.

A finales de la década de los sesenta, la cohesión en torno al proyecto revolucionario cubano todavía se mantenía, al menos en público, aunque el frente antiintelectualista de Casa de las Américas empezaba a hostigar a los principales beneficiarios de la prosperidad comercial, sobre todo los residentes en París. El testimonio más revelador para lo que aquí nos ocupa es el de Mario Benedetti, que más de una vez criticó abiertamente al grupo mexicano que tenía a Octavio Paz como “dios” y a Carlos Fuentes como “profeta”, y cuya estrategia era “la disolución en un internacionalismo vistoso y prometedor, que no sólo incluyera la ventaja de convertir a

los escritores en los hierofantes y administradores de un deslumbramiento mayor, sino que también les asegurara fama, traducciones, premios, becas, viajes, promoción publicitaria” (*El escritor* 136-137). En 1968, Benedetti declaraba que “en más de un aspecto, el *boom* es una ampliación, a escala internacional, de la *maffia* [sic] mexicana” (*Letras* 46), lo que confirma que buena parte de los agravios de esos años están centrados en la confrontación mexicanocubana y en la eficacia de Carlos Fuentes como modelo de un determinado tipo de escritor latinoamericano⁵. Pero a esa confrontación se sumó a finales de la década la elite barraliana, cada vez menos entusiasmada con la revolución cubana (Juan Goytisolo viaja por última vez a la isla en 1967) y más indulgente con la mercantilización literaria. Así, no debe extrañar que el estigma mafioso de origen mexicano se expandiera con la capitalidad editorial de Barcelona desde 1970 y la habitual presencia de los que en la terminología de José Donoso llamaríamos *capos de mafia del boom* en los jurados de los premios literarios de las editoriales de Carlos Barral. De ese modo se acrecentó la tensión entre el frente europeizado, cada vez menos tolerante con la militancia política, y el frente procastrista, en una división que, como es sobradamente sabido, llegará a su máxima estridencia con el “caso Padilla”.

La agitada historia de esos años es, en líneas generales, bastante conocida, pero no se suele recordar la importancia que el trabajo común entre mexicanos y españoles tuvo a la hora de intentar establecer una fuerza independiente del poderosísimo centro cultural cubano. En 1970, Juan Goytisolo y Octavio Paz, ya mal vistos en La Habana por sus críticas a Fidel Castro, propusieron la creación de una nueva revista alternativa a la hegemonía latinoamericana de *Casa de las Américas*: la revista *Libre*, que contó con el apoyo inicial de Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez y Fuentes, más el grupo de

⁵ Véase, por ejemplo, el artículo de Fernando Benítez en defensa de Carlos Fuentes publicado en 1966.

Seix Barral y el de *La Cultura en México. Libre* se presentaba como una opción más agresiva políticamente que la extinta *Mundo Nuevo* pero menos dogmática que la revista oficial de la revolución cubana; sin embargo, su existencia fue corta, ya que su salida coincidió con el “caso Padilla” y la cohesión que había sustentado el proyecto se quebró tras sólo cuatro números publicados, básicamente por la retirada de Cortázar y García Márquez. Puede decirse que ese fracaso puso fin a una etapa única de intercomunicación de las literaturas hispánicas, ya que, aunque en México Octavio Paz puso en marcha la revista *Plural*, *Libre* fue realmente una gran apuesta que terminó abruptamente dejando el panorama literario de lengua española huérfano de ambiciosas iniciativas transatlánticas.

El “caso Padilla” es también explicable en buena medida por el peso de las elites española y mexicana y su creciente deseo de independencia frente a la ortodoxia de la política cultural cubana. De hecho, la primera carta denunciatoria del encarcelamiento de Heberto Padilla se generó en México y procedía del PEN Club, en el que destacaba el equipo “mafioso” de *La Cultura en México*. La carta apareció publicada en el periódico *Excélsior*, el 2 de abril de 1971 (Padilla *Fuera del juego* 122). Poco después, Roberto Fernández Retamar, en *Calibán*, declararía airadamente que la “mafia” mexicana había sido “el único equipo nacional de escritores del continente en romper con Cuba, aprovechando un visible pretexto y calumniando la conducta de la Revolución” (62). Fue sí, el único equipo latinoamericano, pero no el único equipo hispánico, puesto que la mayor parte de la vanguardia literaria española se sumó a la crítica apenas un mes después.

La famosa carta a Fidel Castro después de la autocritica de Heberto Padilla se redactó en Barcelona y contenía, dentro de los sesenta y dos nombres, las firmas de Fernando Benítez, Carlos Fuentes, Carlos Monsivais, Marco Antonio Montes de Oca,

José Emilio Pacheco, José Revueltas, Vicente Rojo y Juan Rulfo. Octavio Paz ni siquiera firmó, ya que se consideraba ajeno a la decepción generada por la represión de Padilla (*Sueño en libertad* 353), aunque sí había firmado la de *Excélsior*. En cuanto a los españoles, encontramos a Josep Maria Castellet, Fernando Claudín, Francisco Fernández Santos, Juan García Hortelano, Jaime Gil de Biedma, Ángel González, José Agustín, Juan y Luis Goytisolo, Juan Marsé, Jorge Semprún, José Miguel Ullán y José Ángel Valente. Evidentemente, no hay que sobrevalorar la importancia literaria de la carta en sí, pero creo que es significativo que México y España sean los dos países de habla hispana más representados. El dato nos confirma que estos escritores españoles y mexicanos, a pesar de sus intereses particulares, habían llegado a una cierta coincidencia en la defensa de la autonomía del intelectual frente a las imposiciones políticas y en el general desencanto por el giro represivo y prosoviético del castrismo.

Pudiera pensarse que de ahí debía haber nacido una nueva cooperación, pero el asunto es bastante más complejo y requiere todavía ser analizado en detalle: en cierto modo, con el “caso Padilla” no sólo se quebró la cohesión en torno a la revolución cubana y al concepto de latinoamericanismo militante, sino que se inició un repliegue general hacia los sistemas nacionales, muy significativo en el caso de los escritores españoles, que se involucran menos a partir de ese momento en las iniciativas culturales latinoamericanas. Ciertamente, la afinidad entre las elites española y mexicana no se perdió de manera completa, como demuestra el recuento de amistades literarias mencionado antes, pero el mapa cultural creado tras el “caso Padilla” y el fracaso de *Libre* hizo perder el optimismo de los años anteriores y la fe en un proyecto común hispánico, lo que tuvo muy diversas consecuencias. En cierto modo, ese fue el fin de los entusiasmos característicos de la década de los sesenta, tan densa y vibrante en América Latina, y de uno de ellos en particular, el de la intercomunicación hispánica.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Danny J. "Creating Cultural prestige: Editorial Joaquín Mortiz". *Latin American Research Review* Vol. 31, 2 (1996): 3-41.
- Barral, Carlos. *Usuras*. Madrid: Poesía para todos, 1965.
- , *Cuando las horas veloces*. Barcelona: Tusquets, 1988.
- , *Almanaque*. Valladolid: cuatro.ediciones, 2000.
- Benedetti, Mario. *Letras del continente mestizo*. 2ª ed. Montevideo. Arca, 1970.
- , *El escritor latinoamericano y la revolución posible*. Buenos Aires: Alfa, 1974.
- Benítez, Fernando. "En defensa de Carlos Fuentes". *Siempre!* 715 (8 de marzo de 1967): X.
- Cabrera Infante, Guillermo. "Lo que este libro debe al censor". *Tres tristes tigres*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1990. XII.
- Cabrera López, Patricia. *Una inquietud de amanecer. Literatura y política en México, 1962-1987*. México: UNAM, 2005.
- Campbell, Federico. *Infame turba*. Barcelona: Lumen, 1971.
- Castellet, J.M. *Literatura, ideología y política*. Barcelona: Anagrama, 1976.
- , *Los escenarios de la memoria*. Barcelona: Anagrama, 1988.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán. Contra la leyenda negra*. Pról. de Carmen Alemany. Lleida: Universitat de Lleida, 1995.
- Ferrer Solà, Jesús y Carmen Sanclemente. "De orígenes y recelos". Marco y Gracia 83-106.
- Goytisolo, José Agustín. *Bajo tolerancia*. Barcelona: Lumen, 1996.
- Goytisolo, Juan. *Señas de identidad*. México: Joaquín Mortiz, 1966.
- , *Reivindicación del conde don Julián*. México: Joaquín Mortiz, 1970.

- Huerta, Efraín. *Poesía completa*. México: Fondo de Cultura Económica. 2ª ed. 1995.
- Marco, Joaquín, ed. y Jordi Gracia, coord. *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España (1960-1981)*. Barcelona: Edhasa, 2004.
- Padilla, Heberto. *Fuera del juego. Edición conmemorativa 1968-1998*. Miami: Ediciones Universal, 1998.
- Paz, Octavio. *Memorias y palabras: cartas a Pere Gimferrer 1966-1997*. Barcelona: Seix Barral, 1999.
- , "Carlos Barral". *Obras completas. Vol. II. Excursiones/incursiones. Fundación y disidencia*. Barcelona: Galaxia Gutenberg (Círculo de Lectores). 2ª ed. 2000. 1206-1210.
- , *Sueño en libertad*. Barcelona: Seix Barral, 2001.
- Pitol, Sergio. "Diario de Escudellers". *El arte de la fuga*. México: Era, 1996. 74-87.
- Prats Fons, Núria. "La censura ante la novela hispanoamericana". Marco 189-218.
- Sánchez López, Pablo. "Utopía y desengaño de una generación: los escritores españoles y la revolución cubana". *Anales de la Literatura Española Contemporánea* 32 (2007): 205-226.
- Ullán, José-Miguel. "Carlos Fuentes. Salto mortal hacia mañana". Marco 407-419.